

Preparado para un seminario organizado por la Fundación Alexandre de Gusmao y el Centro de Estudios Brasileños de Buenos Aires, en Río de Janeiro, 1999.

LAS IDEOLOGÍAS NACIONALISTAS DURANTE LOS AÑOS TREINTA

Torcuato S. Di Tella

Dos "potencias emergentes" en busca de una ideología nacional

Argentina y Brasil, durante los años treinta -- y podemos extender un poco hacia atrás y hacia adelante, incluyendo el fin de los veinte y el inicio de los cuarenta -- se veían, con bastante razón, como "potencias emergentes", con un brillante futuro delante de sí. Si miraban a su alrededor (hacia el Norte, se entiende) veían un mundo primero en crisis y luego autodestruyéndose por la Segunda Guerra Mundial, que ya se veía venir desde el acceso de Hitler al poder. Muchos pensaban que el conflicto bélico podría terminar en un "empate", del que emergieran cuatro grandes potencias: Estados Unidos, quizás con su colonia británica; Alemania, dominando el continente europeo e incorporando a una buena parte de las planicies rusas o ucranianas; lo que quedara de la Unión Soviética; y el Japón, dominante en el Este asiático. ¿Porqué no agregar una quinta gran fuerza, América del Sur, hegemonizada a su vez por la Argentina o Brasil? La rivalidad, y la interacción, estribaba justamente en saber cuál de los dos asumiría ese liderazgo. Las influencias e inspiraciones mutuas eran bastante grandes en este campo, sobre todo entre los intelectuales nacionalistas, y *last but not least*, los militares, para quienes esa ideología era casi connatural, y de hecho estaba muy difundida.

Dentro de los parámetros de la época, esta autopercepción de potencia emergente no era tan absurda como puede hoy pensarse. En un mundo de posguerra atenaceado por el hambre y por unas cuantas previsibles revoluciones comunistas (como había ocurrido en la anterior posguerra) América del Sur brillaría por su paz, su riqueza, su solidaridad social, su integración étnica. Pero para que esto se diera era necesaria una ideología unificadora, adaptada a nuestra condición particular, que no fuera mera importación de ultramar. Esa ideología implicaba la formación de una elite dedicada, autodisciplinada, capaz de imponer el orden a los demás. Y como instrumento, la industrialización, el fortalecimiento de las Fuerzas Armadas, y una buena dosis de extensión del bienestar social, pues un soldado malnutrido y analfabeto no puede soportar una "marcia per il fango" ni entender las instrucciones sobre el uso de máquinas de paz o de guerra. Estaban dadas las condiciones para la formación, o la actualización y puesta a punto, de una ideología nacionalista, que efectivamente tuvo un desarrollo insospechado, y una cantidad sorprendente de partidarios entre las clases dirigentes. Ese nacionalismo está hoy poco valorado, debido a que en su pragmatismo geopolítico tuvo excesivas afinidades con el fascismo. En todo caso, simpatizaba con modelos a los que podía considerar como eficaces dictaduras desarrollistas, innecesarias en Suecia o en Gran Bretaña, pero esenciales para salir de la dependencia y de la marginación internacional. Sin embargo, fue muy vigoroso en su tiempo, y demostró capacidad para acceder a las masas, que por sus propios motivos -- diversos en Argentina y Brasil -- estaban también dispuestas para cambios en esa dirección.

La ideología nacionalista, en su versión democrática, con raíces marxistas y fabianas, había tenido una expresión de alcance continental en el pensamiento de Víctor Raúl Haya de la Torre, creador del aprismo. ¿Porqué no un aprismo argentino, o brasileño? Las condiciones de estos países eran, por cierto, bien distintas, y sería muy largo, y aventurado, ensayar una respuesta a esa pregunta. Pero es de todos modos útil explorar los planteos teóricos del pensador peruano, porque en ellos están tratados los que luego afloraron, de manera distinta e intelectualmente menos sólida, en los nacionalistas más autoritarios del lado atlántico de nuestro continente.

Haya de la Torre, usando el corpus principal de la teoría marxista, sostenía que en condiciones de subdesarrollo no es posible esperar que la clase obrera dirija un proceso de cambio social comprehensivo, ni tampoco que forme un partido propio con significativo peso

numérico. Mucho menos podría el campesinado cumplir esas tareas. Así, pues, la clase media debía ser incluida como un tercer elemento del trípode, y asumir un rol dirigente.

Era también necesario canalizar las fuerzas del capital internacional, para que se diera la necesaria acumulación. El imperialismo económico podría ser, como decía Lenin, la última etapa del capitalismo, pero eso era sólo cierto en Europa y los Estados Unidos. En la periferia el imperialismo era la primera, no la última etapa del capitalismo, y por lo tanto se le debería dar espacio para su adecuado funcionamiento. Un Estado local fuerte debía controlarlo, pero sin espantarlo. Ese Estado tenía que basarse en la triple alianza entre las clases medias, los obreros y los campesinos, y llegar a acuerdos con las clases dominantes, mediante un elemento de corporativismo introducido en la Constitución. Es así que Haya hablaba del Estado de los Cuatro Poderes, en el que a los tres tradicionales se le sumaría un cuarto, donde las diversas fuerzas sociales estarían representadas de manera "cualitativa". Pensaba que era mejor que las Fuerzas Armadas, la Iglesia, o los grupos empresarios nacionales o extranjeros tuvieran un campo legítimo y legal donde expresarse, en vez de actuar detrás de la escena, como habitualmente lo hacían.

Era preciso, además, tener un partido bien organizado, con militantes disciplinados, y una figura carismática a su frente, la cual constituía la única forma de liderazgo comprensible para la mayoría del pueblo. Identificaba al tipo de nacionalismo que propugnaba como "Indoamericano", refiriéndose al antiguo término español de *Indias Occidentales*, evitando el término "Latino" que obviamente no se aplicaba a gran parte de la población del continente.¹

Al mismo tiempo que se difundía el aprismo, no sólo en el Perú sino en el resto del continente, durante los años veinte y treinta, otros sectores de la intelligentsia preferían adoptar la nueva variante del marxismo que se inspiraba en la experiencia soviética. José Carlos Mariátegui fue el principal representante de esta corriente, que en su caso también implicó un esfuerzo por adaptarse a las condiciones locales, especialmente al reconocer al problema indio como el número uno en el Perú y otros países andinos. Muchos marxistas, aunque solidarios con las masas indias explotadas, no creían que ellas podían ser transformadas en una palanca de cambio. Según ellos era necesario esperar a que el capitalismo se desarrollara, o bien a que fuerzas revolucionarias prendieran en la clase obrera urbana; una excesiva concentración entre los indígenas podría llevar al populismo, condenable tanto en su versión rusa como en otra local. Mariátegui, en cambio, pensaba que la población autóctona podría ser adecuadamente dirigida y estimulada a la acción por una elite dedicada. Para ello era más necesario un sentido heroico de la vida que un culto del determinismo. Al determinismo se lo veía como una característica más de la despreciada Social Democracia que del marxismo.²

De nuevo estamos en presencia del tema de la elite, tan visitado por la derecha, como factor diferenciado del de la mera clase social, pero en este caso visto desde la izquierda. Lo que no quedaba claro era cómo se formaría ese grupo dirigente en cantidad suficiente para formar un movimiento capaz de acceder al poder. De hecho, hubo que esperar bastante tiempo, y un mayor desarrollo de las fuerzas de producción.

El debate entre el aprismo y el marxismo latinoamericanos fue muy central para el pensamiento de la izquierda desde los años treinta a la Segunda Guerra Mundial. Haya argumentaba que tratar de construir un partido revolucionario sobre la base de la clase obrera - como lo proclamaba tanto la teoría comunista como la social demócrata -- era sólo realista en países con un alto nivel de desarrollo, pero no en América Latina. El problema es qué es lo que había que agregar a las masas: ¿una clase media radicalizada, una burguesía que de hecho no quería asumir ese rol, o quizás un sector militar, núcleo de una más amplia elite política? Este

¹. Víctor Raúl Haya de la Torre, *Treinta años de aprismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1956; Eugenio Chang Rodríguez, *La literatura política de González Prada, Mariátegui y Haya de la Torre*, México, De Andrea, 1957.

². "Sentido heroico y creador del socialismo", en *Defensa del Marxismo*, 11a. ed., Lima, Amauta, 1981, pp. 71-74. Este libro, publicado póstumamente, se basa en una serie de artículos escritos en la prensa limeña al final de la década de 1920, y reproducidos en su revista *Amauta*.

mundo de ideas fue muy influyente en América Latina durante la década de los treinta, incluso en ambientes de derecha innovadores. Efectivamente, la derecha tradicional no tenía muchas novedades que incorporar a su esquema de liberalismo conservador con limitaciones a la participación popular, y ocasional apelación a las Fuerzas Armadas cuando las papas quemaban. Pero en ambientes de derecha había también grupos innovadores, que buscaban un desarrollo nacional capaz de superar la dependencia del imperialismo, a la cual la mayoría de las clases altas estaba resignada.

Es preciso observar aquí que justamente en los dos países de mayor peso de América del Sur se daba un peculiar contraste entre la propia potencia que ellos percibían, y la realidad de dependencia a que se veían confinados. De ahí el amplio caldo de cultivo para un nacionalismo reactivo, de derecha pero al mismo tiempo innovador, "revolucionario" si se quiere, favorable a los cambios. Este nacionalismo estaba dispuesto a explorar alternativas ideológicas heterodoxas, que le permitieran disponer de un arsenal intelectual y emocional capaz de homogeneizar a las elites, y de darles una capacidad de movilización de masas, ya que no era realmente posible pretender que la mayoría de las clases altas siguieran su dirección. Por estos motivos, por esta contradictoria situación, el nacionalismo de "derecha revolucionaria" estuvo muy difundido entre las clases dirigentes de estos dos países, mucho más que en el resto del continente. Aunque nunca llegó a ser mayoritario entre ellas, la cantidad y prestigio de sus adherentes, tanto civiles como militares, es impactante, y con el acopio de investigaciones se demuestra cada vez más su rol central en la generación de los populismos liderados por Perón y por Vargas. Una de las características de este nacionalismo de derecha, pero dispuesto a las apelaciones populares, fue su búsqueda de elementos conceptuales derivados de la izquierda, sobre todo en sus variantes sorelianas o apristas.³

El nacionalismo autoritario en Brasil

Durante los años veinte y treinta Brasil experimentaba un rápido desarrollo, aunque con tasas de alfabetización y de bienestar bien menores que las imperantes en Argentina. La disponibilidad de una oferta ilimitada de mano de obra -- para usar el término que le han dado los economistas -- disminuía la capacidad de los trabajadores de Sao Paulo de organizarse e ir a la huelga, en comparación con las repúblicas del sur. A pesar del activismo anarquista el sindicalismo siguió siendo muy débil. Existía un partido Comunista, pero principalmente difundido entre intelectuales o aún militares, que intentó en 1935 una rebelión con apoyo en sectores armados, duramente reprimida.

La clase media tenía poca experiencia asociativa, y no poseía nada semejante a los partidos Radicales argentino o chileno, el Coloradismo uruguayo, o el Aprismo.⁴ La política, desde el nacimiento de la República, estaba en manos de los partidos Republicanos estatales,

³. En el propio fascismo europeo esta combinación ideológica era muy marcada, como se puede ver en varios trabajos de Zeev Sternhell, entre ellos *La droite révolutionnaire, 1885-1914*, Paris, Seuil, 1978; *Ni droite, ni gauche: l'idéologie fasciste en France*, Paris, Seuil, 1983; y, en colaboración con Mario Sznajder y Maia Asheri, *El nacimiento de la ideología fascista*, Madrid, Siglo XXI, 1994. Ver también A. James Gregor, *The Fascist Persuasion in Radical Politics*, Princeton, Princeton University Press, 1974; y del mismo, *Italian Fascism and Developmental Dictatorship*, Princeton, Princeton University Press, 1979.

⁴. El hecho de que en un país como Perú se hubiera podido formar un partido fundamentalmente de clase media, como el Apra, indica que las variables a tener en cuenta no son sólo el desarrollo económico o educacional, sino también otros factores, como la existencia de fuertes concentraciones obreras (azucareras o mineras) aún en ambientes rurales o semirurales, y la presencia de una clase media con significativos elementos de descenso social: ambos factores presentes en mucha mayor medida en Perú (incluso en Bolivia) que en Brasil. Me he referido más detalladamente a esta temática en *Los partidos políticos: teoría y análisis comparativo*, Buenos Aires, AZ Editora, 1998.

que en la práctica funcionaban como partidos independientes, monopolizando los recursos políticos locales para representar los intereses de sus estados.⁵ El disenso más articulado se concentraba entonces en dos grupos, que de lo contrario hubieran sido columnas del orden constituido: una intelligentsia conservadora enraizada en las clases altas regionales dejadas de lado por el progreso económico, y una oficialidad militar joven.

La intelligentsia conservadora se veía a sí misma como continuadora de los gobernantes imperiales del siglo anterior, enfrentando ahora el reto de los inmigrantes transatlánticos y de los industriales paulistas, así como de las masas en busca de mayor participación. Un Estado fuerte, dirigido por una elite con gran sentido de misión, era un requisito para manejar la nueva situación.

Alberto Torres había sido un precursor de esta mentalidad, y también un político práctico durante la República Velha, habiendo ejercido la presidencia (gobernación) del Estado de Río de Janeiro, y representado a su país en el exterior. Fuertemente adherido a los valores liberales, aceptó también el credo positivista, aunque rechazando cualquier implicación racista. Reaccionaba contra quienes lamentaban la composición étnica del Brasil, o buscaban resolver sus problemas mediante la inmigración europea, en vez de preocuparse por la suerte de los antiguos esclavos, a quienes se dejaba vegetar malamente, sin acceso a la tierra.

Torres también condenaba la explotación del país por el capital extranjero, que se llevaba valiosos recursos naturales no renovables. Llegó a decir que los financistas a menudo crean más víctimas y desgracias que las bombas de los anarquistas. Contra el peligro de la desintegración nacional era preciso tener un Estado fuerte, que debería estimular los grandes proyectos necesarios para el crecimiento económico bajo condiciones modernas. Las elites habían estado tradicionalmente desorientadas por su tendencia a adoptar modelos y criterios morales incubados en el extranjero. El *moralismo* no era una solución, pues implicaba la "supremacía de virtudes pasivas y negativas [...], común a épocas de declinación y a pueblos en estado de abatimiento", desvalorizando a las más constructivas "virtudes del sentimiento y del carácter que inspiran la dedicación de la vida y de la actividad a ideas y causas superiores".

La estabilidad política y el crecimiento económico necesitaban un gobierno fuerte, y éste a su vez sólo existe cuando hay una nación, "homogénea en sus elementos, o fuertemente subordinada a un espíritu, un móvil, una aspiración, o una clase preponderante". En esta última frase existe en potencia toda una sociología de la construcción de la nacionalidad. Torres admitía que con esos criterios Brasil era una nación artificial, si se la comparaba con las más antiguas y establecidas sociedades de Europa y Asia, pero precisamente por eso necesitaba "la creación [...] *par en haut* de [...] hábitos, [...] reflejos, y del instinto de conservación y de progreso nacional".

La principal propuesta constructiva de Torres fue una revisión constitucional, publicada en su obra *A organização nacional* (1914), que debería haber creado un régimen mucho más centralizado, introduciendo, al lado de la Cámara de Diputados elegida por el pueblo en general, un Senado con fuertes elementos corporativos añadidos a los de designación estadual. El presidente sería elegido por un colegio electoral especial, lleno de representantes profesionales; mientras que un cuarto poder, el Poder Coordinador, designado conjuntamente por el Ejecutivo, el Congreso, y altos funcionarios judiciales y académicos, daría orientación a la política nacional, al designar *procuradores* en los estados y municipios, para supervisar su funcionamiento.

No había mucho lugar para los partidos políticos en este esquema, pues se veía como inconveniente el volver a un régimen de gobierno basado en representantes elegidos meramente en base al número de sus simpatizantes. No confiaba en los resultados de elecciones libres, porque dado el estado cultural de las masas, éstas seguirían siendo por mucho tiempo instrumentos de clanes locales. Sin embargo, no pensaba que se debiera prohibir la existencia de partidos políticos, y además daba gran importancia al mantenimiento de las garantías cívicas, así como a la libertad de prensa y de asociación, lo que lo ubica firmemente en la tradición liberal. Sus ideas corporativistas no tienen nada que ver con el aún inexistente fascismo, y pueden más bien emparentarse con las que se encuentran en las obras de Herbert Spencer o

⁵. Edgar Carone, *A República Velha. I: instituições e classes sociais, 1889-1930*, Rio de Janeiro, Difel, 1978.

Emile Durkheim, o en el pensamiento social católico.⁶

Torres tuvo un pequeño grupo de discípulos, que proliferó después de su muerte, convirtiéndolo en profeta del despertar nacional, y también de ideologías autoritarias que difícilmente habría aprobado. En primer lugar entre esos discípulos se destaca Francisco José Oliveira Vianna, quien, sin embargo, estaba mucho más preocupado por el tema de la raza como causa de los problemas del Brasil. En su temprana obra sociológica, *Populações meridionais do Brasil* (1920), Oliveira Vianna expone gran parte de su pensamiento, luego desarrollado en numerosos libros. Estaba proyectada como primera parte, referida a la región central del Brasil (Rio de Janeiro, Sao Paulo y Minas Gerais), de un estudio más amplio. Analizaba en ella el carácter predominante de los estratos populares de esa región, donde la ausencia de la autoridad central obligaba a la gente a depender del notable local, quien organizaba bandas armadas para defenderse y defender a sus dependientes de cualquier tipo de agresión externa. Por eso es que el hombre común *sufre angustia si no tiene un jefe*. De esa manera se formaron los clanes locales, con fuertes ligazones verticales, y llegaron a un modus vivendi entre sí, manteniendo la paz en el campo.⁷

Dado este tipo de estructura social, Oliveira Vianna argumentaba que una reproducción de las fórmulas liberales europeas o norteamericanas podía significar sólo dos cosas: anarquía, o separatismo. Proponía, por lo tanto, un Estado fuerte y centralizado, con capacidad para intervenir con eficacia en las regiones. Los "idealistas utópicos" liberales veían en cambio en el poder central un peligro para las libertades locales, pero en la realidad quienes más amenazaban a esas libertades eran las oligarquías lugareñas. Los reformistas, entonces, debían descartar el idealismo utópico -- un concepto cercano al moralismo de Torres -- reemplazándolo por un "idealismo orgánico", basado en la experiencia, no en los libros importados. Asegurar elecciones libres tampoco arreglaría nada; por el contrario, agravaría las cosas, al impedir el funcionamiento del sistema de control social local que, a pesar de oligárquico, al menos aseguraba la paz, sin sustituirlo por otro mejor.

Cuando en 1937 Getúlio Vargas estableció el *Estado Novo* pareció que las ideas de Oliveira Vianna podían tener aplicación. En una reedición aumentada de su *O idealismo da Constituição* (originalmente escrito en dos partes, en 1922 y 1924) sostuvo que el Estado Novo era realmente una forma más avanzada de democracia, porque salvaba al país de las manos de los clanes locales, que se escudaban detrás del sistema partidista. La nueva Constitución combinaba el voto local indirecto, no mediado por partidos políticos, para las municipalidades y los diputados nacionales, con la representación corporativa que generaría el colegio que debía designar al presidente, asegurando por lo tanto resultados más democráticos que los que producía el aparentemente libre juego de las máquinas partidarias.

Así, pues, la "democracia autoritaria" reemplazaba a la "democracia liberal", cuyos partidos y elecciones nacionales sólo podían tener efectos positivos en países con una larga tradición de funcionamiento de la opinión pública. En esta época Oliveira Vianna había ya recibido el influjo de las experiencias fascistas de Italia y Alemania, de las que tomó bastantes ideas, aún cuando resistiéndose a copiarlas acriticamente. Fue, por ejemplo, muy opuesto a la formación del partido único, que sería en la práctica muy difícil de organizar, dada la escasez de gente capacitada y con el indispensable idealismo. En las condiciones imperantes en Brasil, en contraposición a las que existían en los países "totalitarios" (palabra que no usaba en sentido peyorativo) como Rusia, Alemania, Italia o Turquía, un partido único pronto se transformaría en una oligarquía explotadora. Así, pues, era mejor prohibirlos a todos, como había hecho Vargas. Después de la guerra, por cierto, condenó los procesos totalitarios, pero retuvo su preferencia por el corporativismo, que pronosticó sería dominante en un futuro, como hacían prever las experiencias de Suecia, Francia, Australia o la Argentina, donde lo que hoy llamaríamos

⁶. Alberto Torres, *A organização nacional*, reedición, Sao Paulo, Companhia Editora Nacional, 1938 (1a ed. 1914), pp. 143, 30-31, 55, 277, 362-363. La Constitución que proponía está reproducida en este libro.

⁷. Francisco José Oliveira Vianna, *Populações meridionais do Brasil*, 2a ed., Sao Paulo, Monteiro Lobato, 1922, pp. 172 y 333-359.

neocorporativismo se aplicaba como instrumento de planificación social y económica.⁸

Otro influyente escritor enrolado en este mismo tipo de ideas fue Antonio José Azevedo do Amaral, mucho menos obsesionado por la constitución étnica de su país. Por otra parte, veía críticamente al fascismo europeo, pues lo consideraba muy controlado por "elementos plebeyos", especialmente el nazismo. En Italia, en cambio, así como en la Rusia de Lenin, la violencia inicial había sido reemplazada por una etapa constructiva. Detectaba sin embargo en el gobierno de Mussolini signos de debilidad, hechos evidentes por su continuado recurso a la represión, y por el hecho de que existiera una oposición antifascista. Obviamente, esperaba que los nuevos autoritarismos fueran legitimados por un consenso genuino, que posiblemente sería logrado en Brasil por el Estado Novo.

El voto universal era perjudicial, como se podía deducir del hecho de que había dado una mayoría a Hitler. En los países anglosajones, donde funcionaba bien, ello se debía a la tendencia de sus sociedades a actuar de manera solidaria, siguiendo a líderes naturales. Esta característica deferencial del voto aún entre los sectores ilustrados y de clase media de países como Gran Bretaña o los Estados Unidos contrastaba con la "insubordinación crónica contra todas las formas de autoridad disciplinadora", excepto, se podría añadir, la impuesta por un caudillo o tirano local. Mientras Oliveira Vianna había insistido en la característica indisciplinada de las facciones de la clase alta local, ahora Amaral, al finalizar los años treinta, se preocupaba sobre todo por el potencial de rebeldía de los estratos bajos. De hecho, ambos factores contribuían a aumentar la ingobernabilidad, aunque con significados políticos contrapuestos.⁹

Para Amaral, de todos modos, el objetivo principal era asegurar el crecimiento industrial, que requería planificación y proteccionismo. Este último no había sido considerado necesario por Torres, quien, como Oliveira Vianna, más bien lo consideraba perjudicial, como que afectaba al público consumidor. Por otra parte, Amaral era cuidadoso en diferenciar al Estado Novo del fascismo. Por mucho que uno pudiera aprender de éste, decía, debía quedar claro que en Italia era el gobierno el que estaba creando las corporaciones desde lo alto, y con violencia, mientras que lo contrario debía ocurrir en el Brasil. El corporativismo era compatible con la libertad y con la misma democracia, aunque no con su variedad liberal. Si el Estado Novo era autoritario, entonces también lo era Francia bajo Waldeck Rousseau, Gran Bretaña bajo Lloyd George, o los Estados Unidos bajo Roosevelt. También se distanció de la *Associação Integralista Brasileira* de Plínio Salgado, que seguía demasiado de cerca el modelo hitleriano. Amaral sugería que en esto, y en su absurdo antisemitismo, estaba actuando de manera antinacional, copiando ciegamente pautas extranjeras, y quizás siendo financiado desde el exterior.¹⁰

Paralelamente a este fermento intelectual, los militares, sobre todo sus segmentos medios, se agitaban buscando asumir un rol más respetado. Muchos venían de familias en descenso social, atenaceadas por la inseguridad, para quienes la mejor manera de educar a un hijo era hacerlo entrar en la academia militar. Pero había demasiada gente en esta situación, de manera que dada la escasez de vías alternativas para la expresión política de las clases medias, estos *tenentes* -- como se los llamaba -- se convirtieron en la alternativa funcional a los no existentes partidos Radicales, Apristas o Colorados.

Las influencias ideológicas que operaban sobre los tenentes eran múltiples, desde la clásica democracia liberal hasta el fascismo, visto como una dictadura progresista, capaz de inducir el desarrollo industrial y la seguridad social. Prominente entre esos tenentes era Luis Carlos Prestes, quien dirigió una de las varias rebeliones de sus camaradas entre 1924 y 1927. Aunque su "Columna" no consiguió promover una insurrección nacional, pudo al menos actuar como detonante moral de la conciencia dormida del público, tema que apelaba tanto a la

⁸. F.J. Oliveira Vianna, *Problemas de organização e problemas de direção (o povo e o governo)*, edición póstuma, Rio de Janeiro, Record Cultural, 1974, p. 73.

⁹. Antonio José Azevedo do Amaral, *O Estado autoritário e a realidade nacional*, Rio de Janeiro, José Olympo, 1938, p. 22, 54-55, y *O Brasil na crise atual*, Sao Paulo, Companhia Editora Nacional, 1934, pp. 70, 78-79.

¹⁰. *O Estado autoritário*, pp. 152-155, 122-123.

derecha nacionalista (en la que estaba enrolada la mayoría de sus huestes) como a la izquierda leninista, a la que pronto adheriría el mismo Prestes y algunos de sus amigos.

Durante los años treinta, bajo el gobierno de Vargas, los *tenentes* fueron la punta de lanza de los sectores reformistas del régimen, y varios de sus líderes organizaron como bases de acción, en vez de partidos, "legiones", claramente inspiradas en el ejemplo fascista italiano y en el español del General Miguel Primo de Rivera.¹¹ Se nuclearon en el Clube 3 de Outubro, un equivalente de la Sociedad de los Jacobinos con diferente ideología. Aunque hubieran preferido una dictadura revolucionaria, trataron de asegurar, como segunda opción, un componente corporatista en la legislatura, para introducir industriales progresistas y elementos sindicales o profesionales, diluyendo de esta manera el temido predominio de las oligarquías terratenientes.

Virgínio Santa Rosa, en su *O sentido do tenentismo*, escrito cuando estos debates aún tenían lugar (1933) fue uno de los principales representantes ideológicos de ese grupo. Era consciente, de todos modos, de las dificultades prácticas de establecer una dictadura verdaderamente revolucionaria, pues gran parte de quienes habían acompañado la revuelta cívico-militar que llevó a Vargas al poder eran bastante conservadores. Era por lo tanto inevitable resignarse a alguna forma de social democracia, aún cuando, "con su régimen de pluralidad de partidos, nos condena a la eterna confusión". La falta de gobierno fuerte amenazaba al Brasil con el mismo destino de Alemania, donde Hitler triunfaba, supuestamente como reacción ante la anarquía. Esperaba que los *tenentes* llegaran a conquistar a las masas, con un programa de reforma agraria radical, superando a la "demagogia liberal".¹²

Para los más impacientes, existían dos salidas alternativas. A la derecha, Plínio Salgado fundó en 1932 la *Ação Integralista Brasileira*, filofascista, con sus "camisas verdes" y demás parafernalia; a la izquierda, los Comunistas organizaron en 1935 un frente, la *Aliança Nacionalista Libertadora* (ANL), que incluía a algunos de los *tenentes* más radicalizados. Prestes, el más notable de ellos, se había finalmente convertido al comunismo en 1930, y por lo tanto se rehusó a participar en el levantamiento de Vargas. Su aceptación dentro de la grey comunista, sin embargo, tuvo que superar muchas resistencias, pues se lo veía como un populista, que se había convertido en una fuerza mítica apelando a la necesidad de las clases populares de tener un vengador en quien creer, pero sin una seria formación ideológica. A esto se lo compensó con una estadía de varios años en Moscú, y finalmente Prestes se convirtió en jefe del partido por décadas. En 1935 dirigió un intento de insurrección armada, contando con sus contactos entre los uniformados, y consiguió controlar un par de cuarteles, pero, consiguiendo escaso eco popular, fue superado por las fuerzas leales.

Como resultado de este fracaso, Prestes pasó unos diez años en la cárcel, para salir en 1945, durante un verano de libertades, con la estrategia de apoyar el intento de Vargas, muy inspirado en Perón, de cambiar la dictadura del *Estado Novo* por un régimen populista.¹³ El golpe militar antivarguista de 1945 frustró estos planes, pero ellos revivirían luego durante su retorno al poder, y bajo su delfín Joao Goulart.

Del nacionalismo al populismo: la versión argentina

El desarrollo de la ideología nacionalista en la Argentina fue bastante diverso del de Brasil, en parte porque el rol desarrollista popular de los *tenentes* ya estaba ocupado por la Unión Cívica Radical. Es así que el nacionalismo en el Río de la Plata fue bastante más de derecha que el brasileño, no habiéndose registrado un fenómeno semejante al *tenentista*. Lo que sí ocurrió, cuando la logia de coroneles del GOU llegó al poder en 1943, fue una mutación

¹¹. Shlomo Ben-Ami, *Fascism from Above: The Dictatorship of Primo de Rivera in Spain, 1923-1930*, Oxford, The Clarendon Press, 1983.

¹². Virgínio Santa Rosa, *O sentido do tenentismo*, 3a ed., Sao Paulo, Alfa-Omega, 1976 (1a ed. 1933), p. 110; Edgar Carone, *O tenentismo: acontecimentos, personagens, programas*, Sao Paulo, Difel, 1976.

¹³. Angela de Castro Gomes, *A invenção do trabalhismo*, Vértice, Sao Paulo, 1988.

en algunos de sus principales exponentes -- empezando por Perón, pero no sólo por él -- dispuestos a una alianza popular para contrarrestar la debilidad en que los sectores innovadores de las clases dirigentes se sentían frente a los más tradicionales.

El nacionalismo había sido alimentado, en buena parte, en la reacción ante la inmigración europea, por parte de elites y de intelectuales que la veían como fuente de anomia y de decadencia cultural capaces de generar condiciones de revolución social. En esto la Argentina se diferencia tanto de Brasil como de Chile, con su casi 30% de extranjeros en la población total (y mucho más en sectores urbanos del Litoral y entre la burguesía y clase obrera calificada de esos mismos lugares), contrastando con el 5% que se daba en Brasil o en Chile.¹⁴

Ricardo Rojas, con su *La restauración nacionalista y Eurindia*, indicó la necesidad de retornar a las tradiciones nativas -- o españolas -- incluyendo la integración de la cultura indígena. Inspirado en esas ideas escribió un drama, *Ollantay*, basado en una antigua tradición incaica. Manuel Gálvez, un novelista que ponía sus ideas en boca de sus personajes, estaba más en sintonía con el fascismo europeo. La biografía que escribió de Hipólito Yrigoyen lo destaca no tanto como demócrata, sino como dirigente de masas, al estilo de lo que él pensaba que era Mussolini. Leopoldo Lugones, poeta ampliamente reconocido en su país, evolucionó desde su temprano anarquismo hacia posiciones liberales, para luego adoptar actitudes autoritarias, que proclamó en 1924, en un discurso pronunciado en la celebración americana de la batalla de Ayacucho, cuando anunció que había llegado "la hora de la espada". Algunos conservadores liberales de cuño más tradicional, como Lucas Ayarragaray, le respondieron que el sistema tenía sus propios correctivos, y no era necesario sembrar alarma, pero mucha gente siguió las ideas de Lugones. En la Izquierda también crecía un fermento nacionalista, con colores latinoamericanistas, como en Manuel Ugarte, que había adquirido fama con su *El porvenir de América Latina* (1911). Rompió tempranamente con el Partido Socialista de la Argentina, demasiado poco preocupado por el dominio norteamericano en el continente, y continuó con una activa prédica antiimperialista, hasta que en sus últimos años adhirió al peronismo.¹⁵

Ante el entusiasmo popular generado por la segunda presidencia de Yrigoyen (1928-1930), y algunas medidas económicas poco apreciadas por los sectores empresarios internacionales, los preparativos de un golpe arreciaron, hasta estallar en septiembre de 1930, inaugurando una larga etapa de 50 años de pretorianismo de masas e inestabilidad. Julio y Rodolfo Irazusta, desde las páginas de *La Nueva República* (1927-1931), contribuían a la creación de una nueva ideología para una clase dirigente resucitada, capaz de unificarse, primero a sí misma, y luego al resto de la sociedad bajo su liderazgo. Buscaban inspirarse en la vida e ideas políticas de Juan Manuel de Rosas, una mezcla de conservadorismo tradicional y populismo, inmune a excesivos pruritos constitucionales. Esa generación de *nacionalistas*, en general identificados tanto con Rosas como con los regimenes fascistas, incluía a Carlos Ibarguren, Ernesto Palacio, Virgilio Filippo y Manuel Fresco, gobernador de Buenos Aires (1936-1940) ducho en colocar votos en las urnas cuando los electores no lo hacían de propia voluntad. En principio deseaban renovar al partido conservador (Demócrata Nacional), para sensibilizarlo a la temática de la justicia social y a la necesidad de integrar a la clase obrera.¹⁶

¹⁴. En Sao Paulo las cifras se parecen más a las de la Argentina, pero a pesar de la preeminencia de ese estado en la federación, la realidad a nivel nacional era muy diversa. En los estados de menor desarrollo relativo, y menor impacto inmigratorio, toda una clase dirigente nativa mantuvo su rol, mucho mayor que el de sus pares argentinos.

¹⁵. El intercambio de correspondencia entre Lugones y Ayarragaray fue incluido por este último en sus *Cuestiones y problemas argentinos contemporáneos*, Buenos Aires, Lajouane, 1926. Ver también César E. Arroyo, *Manuel Ugarte*, Paris, Le Livre Libre, 1931.

¹⁶. Mark Falcoff y Ronald H. Dolkart, comps, *Prologue to Perón: Argentina in Depression and War, 1930-1943*, Berkeley, University of California Press, 1975; Cristián Buchrucker, *Nacionalismo y peronismo: Argentina en la crisis ideológica mundial, 1927-1955*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987; Ronald Howard Dolkart,

Al mismo tiempo un grupo de pensadores católicos se reunía en la revista *Criterio*, dirigidos por Monseñor Gustavo Franceschi. La renovación de las ideas católicas merecía primordial atención en esta revista, y se exploraban alternativas desde el falangismo a una democracia liberal con sensibilidad social, rechazando en general las formas más extremas del totalitarismo. De manera más tecnocrática, Alejandro Bunge, en su *Revista de Economía Argentina* y varios libros muy influyentes, estudiaba las posibilidades de renovación económica, promoción industrial, integración con los países vecinos, y legislación de tipo social cristiano.

La Unión Cívica Radical, después de su derrocamiento en 1930, se había reorganizado bajo la conducción moderada de Marcelo T. de Alvear. El ala "antipersonalista" (o sea anti-Yrigoyen) del partido se había separado ya desde 1924, y cooperó luego con los Conservadores y los Socialistas Independientes apoyando al golpe de 1930. Como reacción contra este *contubernio* se creó el grupo FORJA, una usina ideológica inspirada por Arturo Jauretche, un prolífico escritor dedicado a la revisión de la historia argentina y a la incorporación de elementos nacionalistas a la ideología radical, rechazando las tendencias internacionales de la intelligentsia local.

De todos modos, la mayor parte del público ilustrado siguió en la orientación liberal moderadamente de izquierda de pensadores como Alejandro Korn, empeñado en contrarrestar el credo positivista de una generación anterior, o Ezequiel Martínez Estrada, quien en su *Radiografía de la pampa* (1933) dio una visión muy pesimista de las características intelectuales de sus compatriotas. Martínez Estrada lamentaba la muy difundida falta de aceptación de los aspectos reales del país, con las que era necesario reconciliarse, porque, contrariamente a lo que creía Sarmiento, "civilización y barbarie son una y la misma cosa".¹⁷ A medida que avanzaba la "década infame" de los años treinta, las esperanzas de un mayor número de gente se concentraban en la experiencia soviética. Aníbal Ponce, un discípulo del Ingenieros tardío (que había visto con simpatía las nuevas experiencias del Este) fue su principal figura, que intentaba integrar el humanismo con la conciencia de clase, en obras como *Humanismo burgués y humanismo proletario, y Educación y lucha de clases* (1936).

Cuando los militares golpearon de nuevo en 1943, ya existían, por lo tanto, los elementos ideológicos, internacionales o latinoamericanos -- desde el fascismo al cardenismo, y desde la doctrina social de la Iglesia al Estado Novo varguista -- para ser mezclados de manera explosiva por un individuo o una elite creativos. Detrás de estas posibles combinaciones estaba la necesidad de estimular a la creciente industria, que se había robustecido durante los años treinta, y luego bajo la protección inducida por la guerra. Los militares, por sus propias razones, deseaban asegurar la continuidad del proceso durante los previsiblemente difíciles años de la posguerra. Había un temor de que después del conflicto bélico se sufriera una catástrofe, si no se adoptaban políticas económicas radicalmente innovativas. Una continuación del gobierno conservador, con sus prioridades claramente colocadas en el agro, era vista por muchos como amenazante no sólo para la prosperidad de los industriales, sino también para la estabilidad de la nación. Se temía a la desocupación como fuente de agitación social, a la que añadirían combustibles los inmigrantes europeos endurecidos por la experiencia bélica. Un verdadero Gran Miedo atenaceó a importantes sectores de las clases dirigentes, estimulado por los militares, convencidos de que quien ganaba las guerras era el "General Industria".¹⁸

Manuel A. Fresco, *Governor of the Province of Buenos Aires: A Study of the Argentine Right and its Response to Economic and Social Change*, Tesis de doctorado, University of California, Los Angeles, 1970.

¹⁷. *Radiografía de la pampa*, Buenos Aires, Babel, 1933, p. 313. Martínez Estrada, un decidido antiperonista, trató de aplicar sus teorías después de 1955 predicando, sin mucho éxito, una reconciliación entre las facciones que desangraban al país. En años posteriores emigró a Cuba y evolucionó hacia la izquierda radical.

¹⁸. Así se expresa el Teniente de Marina Horacio J. Gómez en un folleto, *La industria nacional y los problemas de la marina*, Buenos Aires, Unión Industrial Argentina, 1944, p. 16.

Juan Domingo Perón fue el principal intérprete de estos sentimientos de alarma, que con el beneficio de la perspectiva del tiempo transcurrido pueden parecer injustificados, ya que después de la guerra el país experimentó, lejos de condiciones revolucionarias, sus más prósperos años, con un movimiento obrero claramente cooptado, y una Izquierda desarticulada. De todos modos, la misma existencia de un fenómeno como el 17 de Octubre de 1945, con masas exasperadas, concentrándose en la ciudad con poco o ningún control de una dirigencia establecida, era vista por muchos como un anticipo de la revolución social. Perón, cierto es, podía controlar a esas masas, pero ¿qué pasaría si él perdía el timón, o entraba en crisis, o se dejaba llevar por esas mismas masas que pretendía dirigir?¹⁹

Para la Izquierda y la intelligentsia liberal resultó muy difícil, si no imposible, encarar adecuadamente la situación. Aparte de la bien conocida admiración de Perón por Mussolini, varios connotados simpatizantes de la Derecha autoritaria ocupaban posiciones destacadas en el gobierno. Habiendo ya salido a luz las atrocidades de las potencias del Eje, era muy difícil para gente sensibilizada políticamente el aliarse, o llegar a entendimientos con el "fascismo desarrollista". Ciertamente, algunos decían que los políticos latinoamericanos deberían concentrarse en sus propios problemas, evitando evaluaciones excesivamente europeístas. ¿Pero era realmente posible hacer esto en aquel entonces?

De todos modos, entre los sindicalistas menos preocupados por la ideología, especialmente los más jóvenes, la decisión de colaborar con el brillante Secretario de Trabajo y Previsión era vista como preferible al retorno a un gobierno conservador, juzgada como inevitable si el nuevo movimiento popular en gestación fuera abortado.²⁰

Entre los activistas partidarios y los intelectuales también algunos dieron el salto, desilusionados de la "democracia formal". Este fue el caso de la mayor parte de los miembros de FORJA, dirigidos por Arturo Jauretche, y de algunos marxistas, especialmente de inclinación trotskista, así como de otros que daban peso a las consideraciones "nacionales" en su manera de pensar.

Perón, mediante una serie de libros, artículos y discursos, elaboró una teoría política cuyo principal énfasis estriba en la *comunidad organizada*, una adaptación de prácticas sociales pluralistas a un contexto en que la experiencia asociativa está menos arraigada, y por lo tanto un elemento corporativista puede ser empleado para consolidar las instituciones. Para asegurar la paz social también consideraba necesario que se diera un liderazgo firme, para compensar las tensiones generadas por un programa de industrialización, crecimiento acelerado, y distribución, todo a la vez. Igualmente planteaba la presencia de un Estado planificador, incluyendo nacionalización de ciertos servicios públicos, aunque su administración fue un fiasco, debido en parte a la falta de sólido apoyo en la comunidad tecnológicamente capacitada, en su gran mayoría antiperonista.

La mayoría de los intelectuales nacionalistas conservadores habían apoyado al régimen militar de 1943-1946, especialmente durante sus primeros tramos, y tenían diversos grados de simpatía hacia Perón, pensando que emularía, si no al Duce, al menos al más práctico y cercano Vargas. Algunos lo abandonaron al observar lo que consideraban sus excesos demagógicos, que erosionaban el respeto a las jerarquías sociales que ellos tanto valoraban como cura de los males argentinos. Sin embargo, suficiente número de entre ellos siguió apoyando al peronismo, dándole una característica cultural que lo marcó por décadas.

En el ámbito intelectual el peronismo se convirtió en tema central de muchos análisis sobre la problemática argentina. José Luis Romero, en *Las ideas políticas en la Argentina* (1946), contraponía la tradición liberal ilustrada y aristocrática, con la corriente de la

¹⁹. Carlos Waisman, *Reversal of Development in Argentina: Postwar Counterrevolutionary Policies and Their Structural Consequences*, Princeton, Princeton University Press, 1987.

²⁰. Juan Carlos Torre, *La vieja guardia sindical y Perón*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990; y Tulio Halperín Donghi, *La larga agonía de la Argentina peronista*, Buenos Aires, Ariel, 1994, quien no sólo analiza la etapa "agónica" del peronismo sino también aspectos de sus momentos iniciales.

democracia inorgánica, que veía encarnada en el siglo pasado en los caudillos federales y finalmente captada por la autocracia rosista. Esta categoría de "democracia inorgánica" parecería ser bien aplicable al peronismo, y ésta era la interpretación de los nacionalistas de derecha o de izquierda, usando la palabra *democracia* con cierta latitud, por supuesto. Romero, sin embargo, clasificó al peronismo en una tercera categoría, o ciclo histórico, el del fascismo, convirtiéndolo por lo tanto en ajeno a las tradiciones nacionales.²¹

Hacia la misma época Gino Germani elaboraba una visión alternativa del peronismo, como siendo una forma peculiar de nacionalismo popular (un concepto cercano al de democracia inorgánica), capaz de incorporar a los estratos populares, pero contrapuesto al fascismo en cuanto al tipo de apoyo que consiguió, y en ser mucho menos represivo. Los conceptos de Germani acerca del peronismo estaban insertos en un esquema básicamente evolucionista sobre el cambio social en América Latina, que daba por sentado que a la larga el crecimiento económico consolidaría a los estratos medios y sería capaz de satisfacer gran parte de las demandas obreras, haciendo más posible un régimen democrático.

Germani veía a la secuencia histórica típica de los países del área como yendo desde los tempranos regímenes autoritarios unificadores de la nación, en el siglo XIX, hacia formas más modernas, con participación primero restringida y luego ampliada, hasta convertirse en masiva. Pero subdividía a esta última etapa en dos caminos alternativos, o sea, el de la democracia liberal, y el de la movilización populista bajo liderazgo carismático, ejemplificado en Vargas y Perón. Cuando las condiciones sociales hacían crecer muy súbitamente el número de gente que aspiraba a participar, una gran masa "disponible" se creaba, haciendo el camino nacionalista popular más probable que el liberal democrático.²²

A pesar de su evaluación claramente negativa del fenómeno que analizaba, Germani fue uno de los primeros, en la izquierda liberal, en señalar la diferencia entre fascismo y peronismo, de tal manera facilitando la reconciliación eventual de la nueva generación con ese movimiento. Al avanzar la década de los sesenta, gran cantidad de jóvenes, tanto en círculos políticos como científicos, reconsideraron su anterior oposición, fascinados en mayor o menor grado por la experiencia populista, a la que vieron como un mal necesario, y pronto un ingrediente indispensable, de toda política progresista en el continente.

El despertar: ¿ensueño o pesadilla?

Pasados tantos años de los acontecimientos narrados, podemos verlos con una mezcla de sentimientos, y pensar que el nacionalismo, democrático o no, popular o elitista -- con las permanentes oscilaciones personales entre una u otra de sus variantes -- fue una fantasía irrealista, en el mejor de los casos un ensueño, en el peor una pesadilla. Excede los límites de este trabajo explorar más en profundidad las causas de este fenómeno, apenas apuntadas más arriba, y sobre todo cubrir sus etapas más recientes, o el violento despertar. De todos modos, queda como tema a seguir investigando el crecimiento de ideas nacionalistas en los años treinta e iniciales cuarenta en la Argentina y Brasil, países en que las consideraciones geopolíticas incidían fuertemente.

De toda esta problemática nacionalista, desde la más democrática y de izquierda del Perú, hasta las dos variantes autoritario-populistas de la dupla en que concentramos el análisis, algo ha quedado. En adelante, todo estudio de nuestras sociedades tendrá que poner en primer lugar el tema de las peculiaridades nacionales, a ser incluidas en la construcción de ideologías y estrategias. Quizás, al reconocer nuestra condición "periférica", dejaremos de estar en la

²¹. Esto fue planteado con más detención en la reedición de 1959 de su libro. Ver José Luis Romero, *A History of Argentine Political Thought*, Stanford, Stanford University Press, 1963, cap. 9, pp. 227-256.

²². Gino Germani, *Política y Sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, Paidós, 1962; Michael Conniff, *Latin American Populism in Comparative Perspective*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1982; Arturo Escobar y Sonia E. Alvarez, comps, *The Making of Social Movements in Latin America: Identity, Strategy and Democracy*, Boulder, Co., Westview Press, 1992.

periferia de un mundo ajeno, para vernos como centro de uno propio.